



Capítulo 64

Los rostros de los nobles estaban llenos de confusión.

Los nobles que seguían a Alon también mostraban expresiones de desconcierto.

Los nobles que habían anticipado que el rey obstaculizaría el crecimiento de Kalpha también estaban conmocionados y asombrados.

Sin embargo, no eran los únicos que mostraban tales expresiones.

«...?»

Alon, que acababa de escuchar esas palabras de Cretinia Siyan, también estaba desconcertado por la situación que se desarrollaba ante él.

«¿Un marqués?».

Para un noble, un título tenía un significado inmenso.

Era similar a un rango social, y un marquesado otorgaría a Alon mucho más poder que su actual condado.

Desde las propiedades hasta el número de soldados privados que podría reclutar, afectaría a muchos aspectos de su vida.



Tampoco habría ninguna incomodidad en liderar una facción dentro de la sociedad noble.

Aunque Alon, como conde, ya se había convertido en el líder de Kalpha, era una anomalía.

Según las reglas de la sociedad noble, era imposible que un simple conde ocupara un cargo tan alto.

Podría considerarse una estructura inusual.

Pero si Cretinia Siyan ascendiera al título de marqués, esa estructura tan inusual en Kalpha se resolvería de inmediato.

En otras palabras, Cretinia Siyan no estaba restringiendo a Kalpha, sino ayudándolos.

«¿Qué... es esto?».

Alon no pudo evitar mirarla con expresión inexpresiva, pero Siyan apoyó casualmente la barbilla en la mano y habló.

«He oído las historias. Que has erradicado todas las plagas que devoraban Asteria. Esta es tu recompensa».

Su voz tranquila resonó en el aire.

Aunque sus palabras tenían sentido, la duda seguía ahí.



Después de todo, no había ninguna razón para que ella lo recompensara basándose en esa lógica.

«Parece que solo está usando esto como excusa para ascenderme a marqués».

Alon miró a la reina.

¿Estaba segura de que podría aplastar a Kalpha cuando quisiera, aunque crecieran más?

Una suposición razonable se le pasó por la mente.

Aunque la miró directamente a la cara, tratando de leer sus pensamientos, no había nada más que una expresión fría y sin emociones en su rostro.

En ese momento.

«¿Por qué, no te gusta?».

Alon volvió a sus cabales al oír la voz de Siyan.

—No, Su Majestad.

Inclinó la cabeza mientras respondía.

En respuesta, Siyan, que hasta ese momento no había esbozado ni una sola sonrisa, se levantó del trono con una leve sonrisa.



Paso, paso...

Con pasos ligeros, se acercó a Alon.

Luego, mientras se agachaba, mirando a los ojos a Alon, que la había mirado, presionó el lado de su labio derecho con el dedo índice y lo tiró hacia un lado.

«.....?»

La expresión de Alon era ahora extraña, con una esquina de la boca levantada debido al dedo de ella.

Era una imagen extraña para cualquiera, pero ella simplemente sonrió y dijo:

«Sonríe. Así te ves mucho mejor».

Después de decir eso, retiró el dedo con el que había estado presionando la mejilla de Alon.

Con aire muy satisfecho, miró al desconcertado Alon con sus característicos ojos dorados brillando.

La reina, que había estado observando con expresión divertida, finalmente habló.

«Ahora me retiraré, así que disfruten del banquete, todos ustedes».

Tan pronto como pronunció esas palabras, como si ya no tuviera nada que hacer en el baile, se dio la vuelta.



¡Crujido! ¡Bang!

La enorme puerta se abrió y se cerró, y el silencio invadió el salón de baile.

Alon, que miraba fijamente el lugar por donde ella había salido, pensó para sí mismo.

«... ¿Qué acaba de pasar?».

Se quedó aún más confundido.

Después de que la reina se marchara, el salón de baile, que había quedado sumido en el silencio, comenzó poco a poco a recuperar su animación.

Sin embargo, el ambiente había cambiado por completo.

La diferencia ahora era que los nobles que habían estado sonriendo momentos antes eran ahora todo lo contrario.

Los nobles de las facciones monárquicas y aristocráticas, que esperaban que Kalpha fuera controlado de manera efectiva hoy, tenían expresiones como si el mundo se hubiera acabado.

Por el contrario, los nobles que habían seguido a Alon al salón de baile estaban radiantes, felicitándose por haber elegido el bando correcto.

y.

Alon, el hombre que se había convertido en la estrella del salón de baile, se encontró rodeado.

«¡Felicitaciones, conde!».

«¡Oh, no, ya no soy conde! ¡Pronto seré marqués!».

«¡Ah, claro! Ha sido un error mío~».

Respondiera o no Alon, los nobles que lo rodeaban continuaron adulándolo con entusiasmo.

«En efecto, el conde Palatio... no, el marqués Palatio es verdaderamente extraordinario».

«Exactamente. ¿Cuándo logró ganarse el favor de la reina?».

Al recibir las miradas de admiración, aunque erróneas y pesadas, del duque Altia y el conde Zenonia, Alon pensó para sí mismo.

«¿Cuándo... ha sucedido eso? Ni siquiera lo sé».

Con expresión desconcertada, Alon dirigió la mirada hacia la puerta por la que Siyan había salido.

«¿Qué está pasando...?»



Comenzó a recordar todo lo que sabía sobre la octava monarca de Asteria, Cretinia Siyan.

Por mucho que lo pensara, Cretinia Siyan no era alguien que actuara así.

No le interesaba especialmente gobernar, pero era alguien que eliminaría sin dudarlo a cualquiera que considerara una amenaza para su autoridad real. ¿Y qué significaba esa sonrisa?

Alon recordó la sonrisa que ella le había mostrado antes.

Por lo que él sabía, no había ni una sola ilustración o historia de Psychedelia en la que se representara a Siyan sonriendo.

Su personaje era típicamente frío e indiferente.

«... Algo no está bien».

Cuando Alon empezó a darse cuenta de que algo no estaba bien, ladeó la cabeza, confundido.

En una esquina del salón de baile, el marqués Filboid, que había estado rodeado de otros nobles, lo miraba fijamente.

«¿Conde Palatio...?»

El marqués Filboid apretó los dientes inconscientemente.



Seis meses atrás, se había visto obligado a arrodillarse ante Alon y, aunque no lo trataron tan severamente como al duque Limgrave, lo habían convocado al Reino Sagrado y lo habían encarcelado en una extraña celda durante aproximadamente un mes, donde había soportado algo parecido a la tortura.

Como resultado, había estado esperando con impaciencia los acontecimientos de hoy.

Estaba seguro de que Alon pagaría el precio por expandir tontamente su facción.

Pero, contrariamente a sus expectativas, la Reina le había concedido un marquesado, como si reconociera su facción.

«¿Cómo... es posible...?»

Apretando los dientes mientras observaba a Alon, el marqués Filboid dejó escapar un profundo suspiro.

En ese momento, no había nada que pudiera hacer, ya que los acontecimientos se habían desarrollado de esa manera.

Pero eso no significaba que se quedara de brazos cruzados después de haber sufrido ya una forma de represalia.

«Si hemos llegado a este punto... tendré que reunirme con ellos».

Con expresión decidida, el marqués Filboid se dio la vuelta y empezó a caminar hacia algún lugar.



Cinco días después.

Mientras Alon, después de haber probado todos los bocadillos del baile de una semana de duración, comenzaba a pensar en partir hacia la colonia,

el marqués Filboid ya se había marchado el primer día y se dirigía hacia Pakason, uno de los territorios del reino de Ashtalon, cercano al reino de Asteria.

Normalmente, habría tenido cuidado de no ser visto, pero ahora no le importaba.

Desde que lo habían arrastrado al Reino Sagrado, había perdido la mayor parte de su poder político y ya no era el líder de ninguna facción.

En otras palabras, se había convertido en un tigre sin dientes, y ningún noble se preocupaba ya por él.

Así, pudo llegar a su destino sin preocuparse por la mirada de nadie.

y.

Al llegar a Pakason, se dirigió directamente a la entrada de los barrios marginales subterráneos cercanos al territorio.

«Uf...».



Suspirando, miró la siniestra entrada subterránea que tenía delante. Luego, apretando los labios, dio un paso hacia la entrada.

El marqués Filboid había descubierto que el «Agente», una persona capaz de matar a cualquiera, ya fuera noble o miembro de la realeza, por el precio adecuado, se encontraba allí.

Con eso en mente, descendió a las catacumbas.

«Tsk».

Frunció el ceño al ver la casa de apuestas llena de gente ruidosa y humo espeso, pero siguió caminando.

La persona que buscaba estaría más adentro.

Mientras se adentraba en la guarida, le susurró la contraseña a un hombre que le bloqueaba el paso y, sin dudarlo, abrió una puerta que estaba bien cerrada.

Y entonces,

«?»

«...?»

«¿Eh?»

Dentro de la habitación, el marqués Filboid vio a una joven.



No, para ser más precisos...

Una chica con un radiante cabello rubio y una expresión inocente.

Y junto a ella, boca abajo en el suelo, yacía un cadáver decapitado, con el cuerpo horriblemente mutilado.

El marqués Filboid hizo una leve mueca al verlo, pero no se inmutó ni huyó.

Ya le habían informado sobre la naturaleza grotesca del agente antes de venir aquí.

«Había oido que el agente era un bestia cruel al que le gustaba jugar con cadáveres, pero esto es más repugnante de lo que esperaba».

Relajando rápidamente el ceño fruncido, el marqués Filboid se recordó a sí mismo que necesitaba contratar a ese agente.

«¿Quién es usted?».

La voz del agente interrumpió sus pensamientos.

Estaba llena de pura curiosidad e inocencia, lo que devolvió al marqués a sus cabales, y no pudo evitar sentir una extraña sensación de sorpresa.

A pesar de que había un cadáver justo allí, la apariencia del agente era muy diferente de lo que el marqués había imaginado.



Pero solo por un momento, ya que pronto abrió la boca para hablar.

«Estoy aquí para hacer una petición».

«¿Una petición?».

«Sí, vengo a solicitar el asesinato del conde Palatio».

Recordando la recomendación de que al agente no le gustaban las conversaciones largas, el marqués Filboid fue directo al grano.

Y entonces...

Un escalofrío le recorrió la espalda.

«Je...».

El marqués Filboid se dio cuenta sin lugar a dudas de que el ser que tenía ante sí era efectivamente el agente.

En cuanto mencionó su petición, la sonrisa antes inocente del agente se transformó en algo más siniestro.

«Entonces»,

Sus labios se curvaron como si estuviera divertida.

«¿Estás aquí para solicitar el asesinato del conde Palatio?».



Sus ojos se volvieron escalofriantemente fríos.

Tan fríos, de hecho, que hicieron que el marqués contuviera el aliento, aterrorizado, al enfrentarse a sus penetrantes ojos dorados.

La intensidad de su mirada le hizo temblar las piernas y tragó saliva sin darse cuenta.

«¿Es eso cierto...?»

En cuanto él lo confirmó, la mujer bestia de cabello rubio, que ahora balanceaba ligeramente su cabello, asintió varias veces.

«Ah, ya veo. ¿Eso es lo que quieres? Pero, ¿qué hacemos?».

«¿Qué quieres decir con...?».

«La persona que podría aceptar tu petición... ya está aquí».

Ella se encogió de hombros ligeramente.

Confundido por sus palabras, el marqués Filboid siguió con la mirada el dedo enguantado de ella y vio que señalaba el cadáver decapitado que yacía en el suelo.

«... Oh».

Solo entonces se dio cuenta de que algo había salido terriblemente mal, y dejó escapar un suave grito ahogado.